

*UNA COMPLETA HISTORIA DE LOS TOROS EN
LAS ISLAS FILIPINAS*

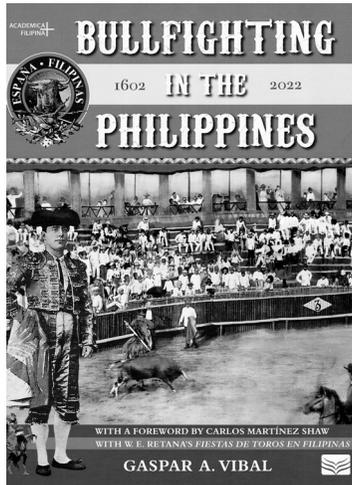


Fig. n.º 23.- Gaspar A. Vibal (2022): *Bullfighting in the Philippines, 1602-2022*, Manila, Vibal Foundation, Inc., 272 páginas.

PRÓLOGO

La historia de los toros en Filipinas se reducía hasta nuestros días al conocido ensayo *Fiestas de Toros en Filipinas*, de Wenceslao Emilio Retana, publicado en 1896, y a una corta serie de buenos artículos escritos más recientemente por Francisco Miguel Aránega, José Ángel del Barrio (ambos aparecidos en la *Revista de Estudios Taurinos* de Sevilla) y Jorge Mojarro. De ahí que la mayoría de los curiosos sobre estas cuestiones tuviesen la impresión de una radical exigüidad de la tauromaquia desarrollada en aquellas remotas latitudes, tanto

durante la época del dominio español como después, durante la ocupación estadounidense y durante el periodo de su definitiva independencia.

Todo esta visión de la fiesta de toros en el archipiélago acaba de saltar por los aires gracias al extenso estudio de Gaspar Vibal que, basado en un amplio abanico de fuentes (muchas de ellas rigurosamente inéditas) y en una bibliografía prácticamente exhaustiva, ha reconstruido paso a paso una historia mucho más rica de lo que pensábamos de la tauromaquia filipina. El libro, que incluye la primera traducción inglesa del escrito fundacional de Wenceslao Retana y otros varios apéndices (un glosario de los términos esenciales para uso del público anglófono, una cronología, un *who's who* de los actores mencionados y una completa tabla de las corridas celebradas en Filipinas entre 1602 y 2022, las fechas que delimitan temporalmente la obra.), divide el transcurso de la fiesta de toros en las islas en cuatro partes, todas bien documentadas, y se enriquece nada menos que con un total de 163 imágenes, muchas de ellas poco o nada conocidas.

Sin querer reproducir paso a paso el contenido del libro, daremos una noticia de las que consideramos sus principales aportaciones, capítulo por capítulo. El primero, que apenas se hace eco de los hitos más conocidos sobre la evolución de la tauromaquia en los tiempos medievales y protomodernos en España (inicio de la corrida en Ávila, 1080; prohibiciones de Alfonso X el Sabio; interdictos papales, en especial el de Pío V de 1567), se ocupa de una cuestión de primera magnitud: el origen de los caballos y los toros que pudieron permitir las primeras corridas caballerescas al estilo metropolitano. Los caballos fueron españoles, pero seguramente importados desde China a partir quizás de 1576 y de forma regular desde 1609, dando lugar a un animal de corta estatura (1,2 metros de altura) y escaso peso (400 kg.). La primera noticia sobre la existencia de toros se da ya poco después de la conquista, en 1574, aunque la importación no se regu-

lariza hasta la época siguiente, probablemente gracias a una doble importación desde China y México. Con más certeza señala el autor la presencia de una considerable población bovina desde finales del siglo XVI y a todo lo largo del siglo XVII, confirmada por el dato de la explotación de 24 estancias de ganado en los alrededores de Manila en 1609. Luego vendría la preeminencia de la isla de Masbate en el siglo XIX y la fama de los toros de Batangas ya señalada por Wenceslao Retana. De este modo, el autor asegura que la tauromaquia filipina pudo disponer desde fechas tempranas del ganado equino y bovino necesario para la corrida caballeresca de los siglos XVII y XVIII.

En el capítulo segundo, dedicado a la tauromaquia barroca, Gaspar Vibal se beneficia de la colaboración del gran investigador español (destinado hasta este año en Manila) José Ángel del Barrio Muñoz, autor de una monografía sobre la guerra de Sucesión en Filipinas y de otra sobre la actuación del gobernador ilustrado Fernando Valdés Tamón, así como de uno de los mejores trabajos anteriores sobre los toros en las Filipinas de los siglos XVII y XVIII. De este modo, entre ambos pueden establecer la similitud de los juegos de toros y cañas de Manila con los realizados en otras regiones del imperio español, como pueden ser Sevilla, Palermo, México, Lima o Quito, así como fijar la fecha de la primera corrida regular celebrada en el archipiélago, documentada por el jesuita Pedro Chirino en 1602, un festejo en honor del Santo Niño de Cebú que tuvo lugar en aquella isla de las Visayas y que tuvo su réplica en la celebrada en Manila en honor de su patrón San Andrés, lo cual hace pensar que pudo haber otras con anterioridad pero de las que no tenemos constancia documental.

A partir de aquí, Gaspar Vibal identifica todas las corridas celebradas en Filipinas después del frenazo que supuso la sublevación de los sangleyes de 1603, sangrientamente reprimida por los españoles, y que se jalonan entre la reanudación de los feste-

jos en 1619 y las cuatro corridas de 1790, año además de la inauguración de la primera plaza de toros de Manila, situada en el distrito de Bagumbayán, hoy conocido como Luneta, o como Parque Rizal, en memoria del héroe filipino. Si resumimos las ocasiones que originaron las fiestas de toros, nos encontramos con una en honor de la Inmaculada Concepción (1619) y otras motivadas por diversas canonizaciones (San Ignacio y San Francisco Javier, San Francisco de Borja y tres beatos dominicos) y beatificaciones (Mártires del Japón, Estanislao de Kostka), que terminan en 1676, dejando paso a las celebraciones reales: nacimiento del príncipe Felipe Próspero, comienzo del reinado de Carlos II, nacimiento de Luis, futuro rey Luis I (con la lidia de 100 toros que recogen los anales), jura del mismo como príncipe de Asturias (con otras tres corridas encadenadas), casamiento de Felipe V con Isabel de Farnesio, reales bodas de Luis con Isabel de Orleans y de Fernando con Bárbara de Braganza, llegada al trono de Fernando VI (con la lidia de 50 toros y, aunque aquí no se diga, con la primera corrida celebrada en las Islas Marianas) y proclamación de Carlos IV. La persistente laicidad de las celebraciones dieciochescas sólo se quebró con el festejo por la conversión y bautizo de Almuḍín, sultán de Joló, en 1750, aunque los intereses políticos también tuvieron aquí su parte. La identificación detallada de las corridas y sus motivaciones apenas si dejan espacio para señalar que a lo largo del siglo XVIII ya se percibe el desplazamiento de la corrida caballeresca hacia el toreo a pie que se impondrá a partir de la centuria siguiente. Y también para un breve excursus de la permanencia de la fiesta popular que a la larga terminará desplazando a los toros en el favor del público filipino, las conocidas peleas o riñas de gallos (págs. 91-93).

Aunque el siglo XIX aparezca en las propias palabras del autor como la verdadera “edad de oro” de la tauromaquia filipina, y hay fundados motivos para dicha afirmación, hay que señalar

que se conmemoraron sin toros tanto la celebrada llegada a Manila del retrato de Fernando VII en 1825 como la proclamación de Isabel II como reina de España en 1834, rompiendo la larga tradición de los festejos reales de las dos centurias anteriores.

En todo caso, los datos a favor del auge de los toros son mucho más concluyentes. Primero, tenemos la aparición de numerosas estancias dedicadas a la cría de toros “cimarrones”. Después, nos encontramos con la proliferación de las plazas de toros, después de aquella primera construcción de 1790, si bien hay que decir que varias de ellas tuvieron una vida efímera. Son, por este orden, la plaza de piedra y nipa de Arroceros (1852-1855 situada en el lugar donde más tarde se construiría el Jardín Botánico de Manila, 1858); la plaza de bambú y nipa de Sibacón, Binondo (1861); la plaza del Circo-Teatro de Bilibid, de madera y tejado de zinc, que ya organizó una primera corrida ese mismo año (1867), la plaza de Batangas, de bambú y bejuocos, construida por iniciativa de Wenceslao E. Retana, con capacidad para 6000 espectadores (1884) y la plaza de Federico Calero cerca de Paco, Manila (1885), de nipa y tejado de zinc con capacidad para 3000 personas, sustituida más tarde por otra en el mismo lugar (1892), más la plaza de bambú de Ilo-Ilo, en la isla de Panay (1892), que cierra el ciclo de los coliseos ochocentistas.

Este renacimiento taurino se trasluce también en la fundación de clubs taurinos, como la Sociedad de Taurófilos (1867) y La Confianza (en los años ochenta), antes de la constitución (en 1884) de la más conocida y más duradera Sociedad Hípico-Taurina, que acoge muchas de las iniciativas a favor de la fiesta de toros. Asimismo se refleja en la aparición de las primeras publicaciones taurinas, por muy efímeras que fueran todas ellas: *La Puya* (1885, con dos números), *La Peña* (1890, con un solo número) o los Suplementos Taurinos de *Manililla* (1892), seguidos por *Manililla-Sport* (1894), dedicada preferentemente a los

toros pese a su cabecera. Surgen, por último, los primeros toreros famosos, que suscitan la admiración de los aficionados e incrementa el número de los espectadores que acuden a las plazas. Es el momento estelar de los conocidos diestros Manuel Díaz Cantoral *Labi* (o *Lavi*), Telesforo González *El Americano* o Eduardo Albasán *Bonifa*. También es la ocasión para la aparición en las islas del toreo femenino, representado por la famosa cuadrilla compuesta por las toreras Lolita Pretel y Angelita Pagés y sus seis banderilleras (conocida como *Las Noyas*, a partir del catalán *noias* o *noies*, muchachas), que conocieron un inusitado éxito en las plazas de Filipinas y en muchas otras de Ultramar, hasta contabilizar un total de 163 corridas hasta 1897. En resumen, cuando acaba el dominio español sobre el archipiélago, los toros conocen su mejor momento con la celebración regular de corridas en las dos plazas permanentes de Manila e Ilo-Ilo. A partir de aquí, la situación cambiará radicalmente con la ocupación estadounidense, lo que a la larga conducirá a la desaparición de los festejos taurinos en las Filipinas.

Este retroceso y extinción de los toros en el archipiélago es el objeto del cuarto, último y más extenso, capítulo del libro. Una parte del mismo se dedica a constatar la enemiga de los ocupantes estadounidenses contra el legado español y, singularmente, la demonización de los toros, considerados la mayor expresión de la barbarie hispana por las diversas asociaciones para la protección de los animales, hasta llegar a la prohibición oficial de 1899, que puede decirse que fue la condena a muerte de la fiesta en el archipiélago.

Sin embargo, como se ha revelado en el caso de otras prohibiciones a lo largo de la historia, los toros tienen una gran capacidad de resistencia. Y así, el 25 de julio de 1913 (festividad de Santiago y declarado Día Español) se programa una becerrada en Manila, que fue seguida al año siguiente por otras dos, una en Manila y otra en Cebú. El hecho no tuvo continuidad y habrá

que esperar hasta los años cincuenta en que, ya en unas Filipinas independientes y bajo la protección del presidente Ramón Magsaysay, se dieron las últimas corridas regulares en Manila, para las Navidades y Año Nuevo de 1954-1955 y de 1956-1957, que tuvieron sendas réplicas en Macao (con 6.000 espectadores) y curiosamente en Yakarta (donde se supone que atrajo a 100.00 espectadores, algo que parece increíble). En la primera serie se distinguió el diestro español Manolo Navarro, que había recibido la alternativa en Valencia de manos de Luis Miguel Dominguín y había toreado el mismo año en Madrid en la plaza de Las Ventas, antes de conseguir una gran popularidad en Filipinas (véase su presencia en un anuncio de Ron Caña, en la página 190) y retirarse finalmente en México en 1958. En la segunda serie los lidiadores fueron el portugués António dos Santos, el mexicano Pepe Luis Vázquez y la guapísima estadounidense Bette Ford, una modelo que, tras ver torear a Luis Miguel Dominguín en Colombia, se consagró fervorosamente a la fiesta de los toros, actuando en numerosas plazas, excepto en España, donde el toreo femenino se había prohibido terminantemente. Y ese fue el canto del cisne de la tauromaquia filipina.

Finalmente, el autor se explaya en las noticias referentes a las corridas celebradas en España con ocasión de la visita de mandatarios filipinos. Así el presidente Elpidio Quirino fue obsequiado con una corrida en Las Ventas de Madrid en 1951. Por su parte, el presidente Diosdado Macapagal asistió en el mismo coso a una sorprendente corrida goyesca en 1962, cuando ya la fiesta de toros se había extinguido en su país natal.

Este último capítulo se cierra con unas reflexiones sobre el retroceso de los toros en el mundo hispano (España, la América española y Filipinas) y con un certero análisis de las concepciones encontradas que la fiesta suscita en este ámbito y que conducen a un debilitamiento de la misma. En Filipinas, hoy día las galleras han sustituido a los ruedos, las riñas de gallos se han

convertido en la diversión nacional por excelencia. Y frente a los infructuosos intentos de resucitar los toros, sólo algunos se atreven a defender la fiesta del *pasungay* (celebrada en San Joaquín, en Ilo-Ilo) como una reminiscencia del pasado taurino del archipiélago, por más que en su contra postulen tanto el hecho de que se trata del enfrentamiento entre dos animales (toros o carabaos) y la cuestión no esclarecida de que sea, no el producto de una antigua tradición, sino una invención relativamente reciente, tal vez de 1970.

En conclusión, nos hallamos ante la primera historia integral de la historia de los toros en las islas Filipinas. Una historia solvente, por cuanto se encuentra refrendada por un amplio aparato documental y por una exhaustiva bibliografía, donde se hallan integrados los mejores especialistas en la materia. Una historia apasionante por cuanto nos revela una serie de hechos poco o nada conocidos ni por el aficionado a los toros ni por el erudito en materia taurina. A esto debemos añadirle el valor de las numerosas imágenes incluidas como apoyo al texto, que no resultan ser meras ilustraciones pintorescas, sino otras tantas claves para sustentar una sólida argumentación. Finalmente, todos estos elementos se hallan perfectamente ensamblados para lograr una narrativa que resulte al mismo tiempo amena (por lo que tiene de descubrimiento) y convincente por el rigor en el análisis y en la discusión de todas las afirmaciones. Por tanto un libro imprescindible en la construcción de una historia universal de la tauromaquia.

Carlos Martínez Shaw
Fundación de Estudios Taurinos.

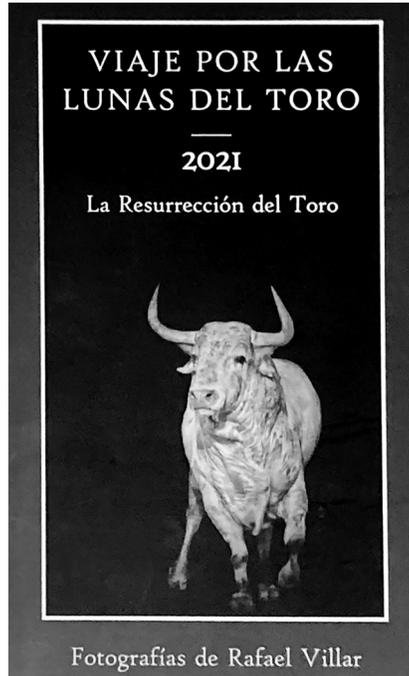


Fig. n.º 24.- Rafael Villar Moyo (2022): *Viaje por las lunas del toro. 2021. La Resurrección del Toro*. Fotografías de Rafael Villar, Editorial Temple, S.L. Noviembre.

Rafael Villar no solo pretende informar sino exponer de manera independiente, crítica y original su punto de vista de la tauromaquia basándose en poesías y fotografías, siempre con respeto a la tradición. En este libro subtítulo *La resurrección del toro*, están las raíces de las motivaciones de todos los actos que protagoniza el toro bravo, que está sufriendo un mal momento en la sociedad actual.

Los animalistas proclaman que el toreo es crueldad, palabra que en el *Diccionario de Autoridades* es: «Inhumanidad, impiedad, fiereza de ánimo», de la que se infiere que es la respuesta emocional de obtención de placer en el sufrimiento o dolor de otros o la acción que innecesariamente causa tal sufrimiento o dolor. El Diccionario de la RAE la resume:

1-*Inhumanidad, fiereza de ánimo, impiedad.*

2- *Acción cruel inhumana.*

Y la *American Psychiatric Association* la considera como un signo de desajuste psicológico.

«Nada más lejos de lo que ocurre en la corrida de toros. El torero y los asistentes a la Plaza no se emocionan viendo sufrir al toro, al que se le causa daño para verlo sufrir, todo lo que se hace va encaminado a emocionarse con la bravura del toro, creciéndose después de la puya, las banderillas y acometiendo una y otra vez los engaños. También llega la emoción al ver que el torero es capaz de aprovechar la acometida del toro, la embestida violenta para crear algo tan bello como es el toreo templado, a compás, y además viendo cómo expone su vida.

Nada de esto tiene relación con la crueldad, lo que ocurre es que los animalistas confunden crueldad con crudeza que es lo que hay en el toreo. Hay enorme exposición del torero, pero jamás crueldad».¹

Como aficionado y defensor de las corridas de aplaudo siempre la aparición de libros dedicados a la tauromaquia, vista ésta en su extensa y variada representación popular y participación del pueblo, de la que es un buen ejemplo este que reseño con entusiasmo.

¹ Camino Delgado, R. (2023): “No hay crueldad hay crudeza”, *Aplausos*, nº 2.444, abril, pág. 40.

No nos cansamos de decir que la tauromaquia está incrustada en la literatura, la música, la pintura, la escultura, La poesía y la fotografía son tratadas por Rafael Villar con mucho respeto al toro, en las que muestra la fusión entre sus aficiones, la tauromaquia, el arte fotográfico y la poesía.

De las ochenta y nueve fotografía con contiene el libro, en páginas impares, expone en treinta y cuatro de ellas el toro en solitario, toreros toreando en treinta y una, y en el resto se contempla puertas y tendidos, capote, muleta y estoque, picadores, alguaciles y mulillas.

Con esta colección de fotografías Villar explica que este libro ha nacido de la conjunción de la Luna y el Toro y su imaginación, la cual es la fuente de las fotografías aquí presentadas, y acompañadas con textos poéticos de cincuenta y cuatro autores del pasado y contemporáneos.

Manuel Castillo Martos
Fundación de Estudios Taurinos

